

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL

MEMORIAS DE UN TRANSEUNTE

LA PRINCESA
LECZYKA



IMPRESA UNIVERSITARIA
SANTIAGO DE CHILE

==== 1935 ====

Memorias de un Transeunte

La breve producción que ve hoy la luz bajo el título de *La Princesa Leczyka*, lejos de ser una creación novelesca, es un capítulo de recuerdos vividos que el autor ha extractado de su obra MEMORIAS DE UN TRANSEUNTE, que actualmente está redactando en sus horas libres pero que sólo será publicada íntegramente el día que el diplomático se retire para dejar actuar al escritor sin trabas... En efecto, esa independencia será necesaria para la libre enunciación de los relatos que contendrá el libro, referentes a los sucesos políticos y sociales de que el autor ha sido testigo presencial en Europa y América, así como a los juicios fundados que expresará acerca de los hombres que han ocupado los escenarios públicos en los últimos cuarenta años, tanto en el Uruguay como en los otros países en que le ha tocado vivir.

Luis Enrique Azarola Gil, hijo de Montevideo, ingresó siendo muy joven en el servicio diplomático, integrando sucesivamente las representaciones de su país en París, Berna, Río de Janeiro, Madrid y Buenos Aires, como agregado, secretario, encargado de negocios y consejero de embajada, hasta culminar la carrera en su cargo actual de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Chile. Ha recibido del gobierno francés la cruz de caballero de la Legión de Honor y del gobierno español la encomienda de Isabel la Católica. Lleva publicadas varias obras de literatura, sociología e historia, y entre estas últimas algunas que atañen al período de la conquista y colonización de América. Ganó por oposición en 1931 el Premio Hispano-Americano que le fué otorgado por la Real Academia de la Historia, de la cual entró a formar parte por su triunfo en aquel concurso; y es también miembro de la Sociedad de Americanistas de París, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Academia Chilena de la Historia, el Instituto Histórico Brasileiro, el del Perú, el de Méjico, etc.

Este fragmento de las MEMORIAS no solamente se refiere a la vida de una aventurera que tuvo su hora de influencia en el gran mundo de París, sino que revela también los procedimientos puestos en práctica por el espionaje internacional durante la gran guerra, cuyas complicaciones pudo presenciar el autor desde el mejor observatorio europeo.

I

No he visto nunca una primavera francesa más espléndida que aquella que precedió al terrible estío de 1914. Espléndida por las galas magníficas de una estación que impregnó como ninguna otra los cuerpos y las almas de efluvios de cantárida, y la más brillante en los anales mundanos por la serie de fiestas y espectáculos que se sucedieron desde abril hasta junio, en las tardes y las noches, durante las cuales el mundo diplomático, la sociedad parisiense, la elegancia cosmopolita y la clase galante rivalizaron en lujos y regocijos. París gozó intensamente de aquellos meses finales de la paz. ¿En virtud de qué misterioso influjo el alma de la gran ciudad se entregaba a una alegría y un fausto que superaban a su fausto y alegría tradicionales? ¿Advertía, acaso, sin saber por qué, que iban a sobrevenir años sombríos de guerra, privaciones y amarguras? ¿Preveía la oscilación violenta del ritmo de su vida y utilizaba las horas postreras de su serenidad para darse por entero a las embriagueces de la existencia y acordarse unas semanas de despreocupación antes que la demencia de los hombres la convirtiese en el centro de la tragedia?

Las representaciones teatrales, los conciertos, las ferias, las exposiciones de arte y los bailes llenaron el programa primaveral y renovaron la aproximación galante de hombres y mujeres. El salón anual de pintura y escultura tuvo un éxito singular. El mundo oficial, la intelectualidad y el arte se exhibieron en las recepciones; y en las ventas de caridad, exposiciones insuperables de condecoraciones y de joyas, nadie se acordó de los pobres... Recuerdo, entre otras, la maravillosa fiesta nocturna que tuvo lugar en la embajada de Rusia. Los salones y jardines del palacio de la calle de Grenelle refleja-

ron por última vez la suntuosidad imperial de San Petersburgo—imperio, corte, capital y denominación histórica condenadas a una desaparición próxima en el caos de la guerra y el bolcheviquismo. Quinientas parejas bailaron hasta la salida del sol y vaciaron mil botellas de champagne. La locura humana saciaba sus ansias de placer hasta en los bordes mismos de la catástrofe.

En los círculos aristocráticos, entre charlas superficiales, anudábanse intrigas de salón y tejíanse murmuraciones disfrazadas. Se hablaba mucho de un casamiento reciente celebrado entre un príncipe polaco llegado a la senectud, y una joven parisiense de antecedentes enigmáticos que había consentido en acordar su mano y su cuerpo, menos el corazón, al vejete munido de títulos y fortuna. Se susurraba que había ella andado lista en el despliegue de sus gracias, pero hábilmente opuesta a la entrega total de su persona hasta que obtuvo la firma del contrato matrimonial que la elevó al rango de princesa de Leczyka. Siempre a estar a los chismes circulantes, dábanse al recién casado setenta y tres inviernos y un reblandecimiento en consonancia con la edad y los nobles abusos; y citábanse aventuras amorosas de la desposada, menos severa con los buenos mozos que con su prócer del Vístula. No tardé en conocer a la desigual pareja. Fué en una noche de aquel inolvidable mayo, en Luna Park, antes de que el regio templo de la danza se vulgarizase al convertirse en local de juegos populares. Ansiaba la princesa mostrar su silueta y sus galas en las fiestas caras. Cuarenta francos costaba la entrada a Luna Park en las noches de moda — francos oro en la época — pero el espectáculo los valía, pues era éste una reproducción viviente de las escenas fééricas de la decadencia romana. Todo el París elegante y alegre se volcaba en el vasto anfiteatro dispuesto para el baile, en cuyas galerías abiertas se estrujaban millares de concurrentes en traje de etiqueta; no había recato en aquel templo de luz y de impudicia; en la puerta quedaban la moral y los prejuicios; y hacia la madrugada, entre los labios húmedos de champagne, estallaban los besos como notas de una música humana. No parecía la princesa temer tales escenas y circulaba entre los grupos acompañada de su marido, sonriente ante la curiosidad que

despertaba su persona. En realidad, no iba acompañada sino seguida de su cónyuge, pues éste marchaba siempre tres metros detrás de ella. El contraste de las dos figuras tornaba chocante el espectáculo: ella, guapa y erguida, acusaba una arrogancia victoriosa que sólo podía excusar su juventud, mientras que él, blanca la vencida cabeza y doblada la espina dorsal, avanzaba trabajosamente moviendo los faldones de su frac que caían sin gracia sobre unas piernas enflaquecidas. Se le hubiera tomado por un abuelo condescendiente si la oposición flagrante de los tipos no denunciara lo distinto de sus orígenes.

Al serles presentado me tendió él una mano indiferente. No así ella, que al darme a besar sus dedos me dijo que conocía mi nombre y mis artículos. Tomé la afirmación por una gentileza, pero empecé a creer en su veracidad al oírla hablar corrientemente el español y citar obras de ese idioma. La entrevista terminó con una vaga indicación de volvernos a ver, y aunque también la juzgué una mera cortesía, tuve la sorpresa de recibir, tres días después, una esquila ornada de un blasón principesco, en la cual me rogaba que fuese a verla al día siguiente por la tarde.

Habitaban los Leczyka un hotel particular en el boulevard Suchet, vía poco distinguida de circunvalación, sin más ventaja que su inmediación al bosque de la Muette. Al recibirme en un saloncito imperio, empezó ella la conversación explicándome que prefería aquel barrio en razón de su silencio, que le era indispensable para realizar su obra de pensamiento; seguidamente se interesó por la orientación de mis trabajos y me interrogó acerca de mis relaciones diplomáticas en París. Trajeron el té, poco después la atmósfera se impregnó con el humo de los Muratti y nuestra charla tomó tonos de camaradería. La princesa era mujer bella y elegante, aunque su persona acusaba modalidades vulgares que no predisponían a la simpatía; faltábale ese sello distinguido que se observa en los tipos de aristocracia heredada; pero inteligente y bien informada, advertíase de inmediato que no eran exclusivamente las cosas superficiales, propias de su sexo, las que le interesaban. Tenía una cabellera con tintes rojizos y una boca grande, de sonrisa fácil, que mostraba sin cesar una dentadura re-

cia, casi masculina. Tal debía ser también su carácter. Carecía de esos rasgos delicados que seducen por su feminidad y se la sentía capaz de empresas varoniles y audaces. Los hechos que referiré más adelante se encargaron de confirmar y sobrepasar mi primera impresión.

Fumando y charlando, entró en materia. Iba a fundar una revista de lujo que titularía *Études diplomatiques* y que en vez de limitarse a ser simple eco de mundanidades y crónicas sociales, trataría los problemas internacionales y sus derivaciones políticas y militares. Me mostró algunos materiales cuyo origen no reveló y que versaban sobre la personalidad del rey Alfonso XIII, el problema naval en el Mediterráneo y la potencia comparada de las armadas listas a enfrentarse... A su juicio, la guerra era inevitable y próxima, y una publicación política como la proyectada estaba destinada a una difusión segura, dada su utilización por las cancillerías. "Mi revista — añadió — necesita operar bajo una dirección inteligente y enérgica; ¿aceptaría usted encargarse de ella?"

Le manifesté una sorpresa que estaba lejos de ser simulada. No creía yo, hombre joven y con funciones aun subalternas, poseer la personalidad necesaria para ejercer semejante cometido, ni mi interlocutora podía conocer las presuntas cualidades que me atribuía, dada nuestra relación que databa de la víspera.

— Se equivoca — me respondió — le conozco a usted más de lo que cree. Y a propósito, ¿es usted hombre rico?

— Según — le dije — si se juzga por la cifra de lo que gano, no soy rico; pero si se relaciona mi haber con mis aspiraciones, entonces me sobra dinero.

Interpretó mi respuesta como una habilidad y se decidió de pronto:

— ¿Aceptaría usted el cargo mediante una retribución de cinco mil francos mensuales?

Mi sorpresa se agravó. No se ofrecen doscientas libras esterlinas (1) al mes por dirigir una revista inédita sólo destinada a satisfacer la vanidad y los ocios de una ambiciosa inteligente. Era mucho dinero para pagar un capricho intelectual. Vincu-

(1) Al cambio de 1914.

lando esa proposición con las informaciones escritas que la Leczyka acababa de mostrarme, concluí que había allí gato encerrado. Mi interrogación fué neta:

—¿Busca usted *un homme de paille*? (1).

Sus ojos y su boca diseñaron una sonrisa canallesca, pero disimuló con sus palabras la revelación de su fisonomía:

—Amigo mío, usted exagera. Lo que *buscamos* es un hombre sin taras contra quien la opinión nada tenga que decir y que refleje honorabilidad sobre la obra, pero que sea bastante inteligente para admitir, en ciertos puntos, las inspiraciones que se le sugieran acerca de la propaganda a realizar.

La fórmula hábil confirmó mi sospecha: era, en efecto, un papel de testafarro el que se asignaba al director visible de los *Études diplomatiques*, y de ahí la generosidad del salario. En mi fastidio, volví a la carga:

—¿Quiénes son *los socios*?

—Gentes altamente colocadas.

—¿En Francia?

—No, en el extranjero.

—Pues lo siento, pero prefiero firmar únicamente las producciones que me sugieren mi corazón y mi cabeza y no el interés ajeno. Su proposición no es aceptable para mí.

Susurró ella una ironía:

—¡Bravo por el idealista! ¿No se siente usted un poco inadaptado en nuestra época?

—A veces, pero no procedo así por idealismo sino por necesidad de independencia. Mi espíritu y mi pluma no saben someterse. Como usted ve, no coincidimos!

Reaccionó con vivacidad ante la indirecta:

—Soy una mujer de mi tiempo que prefiere las realidades a los sentimentalismos estériles. Soy práctica, y si me someto aparentemente a la fuerza es para sacar partido de ella.

Nuestra entrevista había terminado, y después de unas frases banales salí de la casa persuadido de que contaría en adelante con el cordial rencor de la princesa. Me equivocaba. La revista de marras apareció algunas semanas más tarde, lujosamente editada y con material selecto, pero su vida se re-

(1) Un testafarro.

dujo al primer número, pues el 28 de junio el archiduque Francisco Ferdinando y su mujer caían asesinados en Sarajevo y un mes después Europa se convertía en un vasto campo de batalla.

II

Los acontecimientos de agosto y septiembre me hicieron olvidar completamente a la Leczyka. El avance alemán sobre París decidió al gobierno francés a pasar a Burdeos, seguido del cuerpo diplomático y de millares de personas; y días después de la batalla del Marne, al cruzar yo la plaza de la Comedia, en la ciudad girondina, percibí la silueta de la princesa dirigiéndose hacia un fiacre. Me advirtió al pasar a su lado, y deteniéndose un instante, me dijo: "Estoy en el hotel de Bordeaux; venga usted a verme."

No fui, y oí decir algún tiempo después que había regresado a París y pasado luego a España e Italia. Tres años transcurrieron sin que oyese pronunciar su nombre. Las circunstancias me habían conducido a Suiza en el otoño de 1917, y seguía yo desde su capital los sucesos decisivos que se desarrollaban en Europa. Los beligerantes habían establecido en la pequeña nación neutral sus oficinas de observación y las organizaciones de espionaje tendían sus hilos misteriosos desde las fronteras hasta las ciudades y de éstas hasta los centros directivos de sus respectivos países. A los refugiados civiles, los internados militares y los heridos de las cuatro potencias limítrofes atendidos por la caridad helvética, se unía una enorme legión de aventureros al servicio de los pueblos en guerra. Agentes asalariados en busca febril de informaciones y de datos, en connivencia con redactores de periódicos y porteros de hoteles, trataban de hallar intermediarios con diplomáticos y cónsules y se introducían en los círculos enemigos. Una noticia relativa a movimientos de tropas se pagaba a un precio inverosímil cuando resultaba confirmada, y un pasaporte de país neutral adquiría un valor extraordinario. La peligrosa plaga utilizaba todos los medios a su alcance, lícitos o vedados, para conseguir sus oscuros objetivos. Había que vi-

vir en guardia contra sus acechanzas diarias, desconfiar de todo el que se acercase y resistir las insinuaciones que se formulaban apelando, ora al interés, ora a los sentimientos en favor de una causa. Las mujeres revelaban una habilidad pasmosa; y conocí a un ex ministro de un país americano en Berlín, que por el hecho de mantener una correspondencia desprovista de interés con antiguos amigos alemanes, se vió asediado por una bellísima dama de nacionalidad enigmática que le declaró una pasión ardiente. Cayó en el lazo el viejo diplomático, y a la tercera entrevista íntima advirtió su candidez al verse robado de cuanto papel escrito tenía en su casa.

El hotel en que me alojaba, el Bernerhof, asemejábase a un cuartel general internacional, tal era el número de agentes civiles y militares sin espada y uniformes diversos que circulaba por los pasillos, cuchicheaba en los salones y penetraba en las habitaciones, muchas de las cuales estaban convertidas en oficinas con doble puerta y munidas de teléfonos privados. Un sentimiento de desconfianza recíproca hacía que los parroquianos y concurrentes sólo cambiaran frases banales, a propósito del tiempo y de la nieve que caía sobre Berna, en aquellos momentos en que los espíritus vivían atormentados por una sucesión de terribles acontecimientos. Una tarde, al penetrar yo en la galería de cristales que acordaba una vista maravillosa sobre el Gurten y el valle del Aar, advertí una dama enlutada que avanzaba hacia el punto donde me encontraba. La reconocí sin dificultad. Era la princesa Leczyka.

Al detenerse, me dirigió una sonrisa que ella quiso fuese triste, aunque la viveza de los ojos desmintiera la pretendida melancolía. Me incliné y pregunté: “¿Por qué ese luto?” “Mi pobre marido”, murmuró apenas. “¿Dónde?” “En Niza”. “¿Cuándo?” “Hace tres meses.”

Le expresé mis condolencias y nos sentamos. Me informó que había llegado hacía pocas semanas en procura de un lugar tranquilo y hallaba a Suiza convertida en un campo de violentas hostilidades, aunque silencioso y sin armas, en el cual las máscaras contra los gases estaban reemplazadas por el antifaz del disimulo, las balas por los billetes de banco y los cañones por el espionaje. ¿Dónde refugiarse?

—Yo creía — soplé insidiosamente — que se sentía usted

atraída por la política. ¿No sería ésta la oportunidad de ejecutar su antiguo proyecto?

En la mirada que me lanzó ví brillar un reproche por mi buena memoria, pero hábil siempre, contestó:

—Aquella fantasía era posible en un ambiente de paz. En las circunstancias actuales no es realizable.

Habló de otros asuntos, pero a poco volvió al tema. La guerra se prolongaba indefinidamente, una decisión militar no parecía posible y Suiza estaba infestada de misiones secretas y molestas. “¿No lo ha notado usted? — interrogó — *¿Qué bando lo ha solicitado?*”

Me puse en guardia. “Ninguno — dije. — ¿Qué interés pueden tener para nadie los pequeños países de allende el océano?”

—Los países no, pero hoy cada hombre tiene su valor, grande o pequeño. ¿De qué lado están sus sentimientos?

¿Eran expresiones de una charla de circunstancias o buscaba mi interlocutora una información precisa?

—Mis sentimientos están con los caídos, las viudas y los huérfanos de las dos partes — repliqué.

Tuvo una risa escéptica y burlona. “El mismo idealista de hace tres años — dijo — pero ahora le creo menos. Usted apela simplemente a la filantropía para no revelar sus opiniones. No hay ser humano que sea neutral en esta contienda.

—Usted afirma serlo...

Se mordió brevemente el labio inferior, comprendiendo que había hablado demasiado. Buscando descubrir se había descubierto.

—No me interesa saber con quienes está usted — añadió.— Me basta comprender que se inclina por una causa, y sin saber cuál es quiero decirle que, sirviéndola, es muy posible que se comprometa usted. En tal caso quizás podría darle yo un consejo y eventualmente un apoyo.

Me miró fijamente, porque tuvo tal vez en ese instante la intuición de graves cosas. Cambió de tema y poco después se despidió diciéndome:

—Estoy también en este hotel y bajo por las tardes a la galería a tomar el té. Me agradaría encontrarlo.

Se marchó, dejando a mi alrededor un leve perfume. El

traje negro le sentaba admirablemente, a pesar de su contraste con el matiz rojizo de los cabellos. Se detuvo un instante para observar las perspectivas montañosas del Oberland bernés que destacaban bajo el sol poniente su eterna corona de nieve, y desapareció sin volver la cabeza.

Esa noche cené en el Kursaal, donde se hacía música y se comentaban en voz baja los noticias llegadas en el día. La situación de Suiza, colocada entre cuatro naciones beligerantes, acordaba una información completa de los acontecimientos, y sobre las mesas del establecimiento se esparcían los periódicos procedentes de Francia, Alemania, Italia y Austria-Hungría.

Los pequeños círculos se formaban por idiomas, pero jamás se produjo un incidente, pues a la cultura del medio se unía el propósito de todos, suizos y extranjeros, de no manifestar en alta voz sus opiniones... Después de comer, se formó en torno mío el grupo americano. A media voz, el corresponsal de un gran diario argentino, notició:

—Rusia firmará la paz por separado y Alemania dispondrá de los dos millones de soldados que tiene aún en el frente oriental. Esa fuerza duplicará sus efectivos sobre el frente francés y en la primavera pronunciará la acometida decisiva. Señores, entramos en la etapa final de la guerra.

Se comentó la versión, y un médico brasileño que venía de prestar servicios profesionales en Francia, argumentó:

—Sin duda, la ofensiva germánica será violenta, pero los aliados están listos para recibirla. Su frente podrá ser momentáneamente dislocado, pero no roto; y la contraofensiva de los franceses, ingleses y norteamericanos tomará a los alemanes debilitados por la hemorragia que les originará su ataque. Convengó en que nos acercamos al fin de la guerra, pero con resultados opuestos a los que prevé nuestro amigo.

Seguía la charla entre los acordes de la orquesta cuando otro parroquiano del Kursaal, a quien había sido presentado yo algunos días antes, se levantó de una mesa próxima y se acercó a mi oído.

—El Bubenberg-Cinema — susurró — presenta esta noche una cinta documental tomada en el campo de batalla del Tagliamento. ¿Le interesaría verla? Tengo dos entradas.

Advertí que me hacía un guiño casi imperceptible. El hombre quería hablarme a solas.

—Vamos — le dije.

Me despedí de los otros y salimos. Mi acompañante pasaba en Berna por llamarse Juan Peter y ser alsaciano. ¿Alemán o francés? Probablemente las dos cosas, según las circunstancias; se decía pintor y justificaba su presencia en Suiza con el propósito de copiar paisajes; pero nadie había visto sus telas ni su taller. Era culto y bien informado. Al salir del Kursaal, tomó conmigo la Marktgasse, bajo cuyas arcadas desiertas nuestros pasos resonaron casi militarmente.

—Vea usted — comentó — no hay ciudad en Europa que muestre como Berna un contraste más típico entre el presente y el pasado. Esta calle es la Edad Media; la próxima, el siglo XVII; y la plaza vecina, el año actual. En tres cuadras se reflejan tres civilizaciones. La historia de Berna está esculpida en su arquitectura.

En una esquina había un cafetucho desierto. Me invitó a entrar.

Cuando el camarero hubo traído las jarras de cerveza, Juan Peter se decidió a abordar el motivo verdadero de la entrevista:

—¿Hace tiempo que conoce usted a la princesa Leczyka?

—La conozco de tres conversaciones — repliqué. Dos en París y una aquí. ¿Por qué?

—Su conversación de hoy la tuvieron ustedes en la galería del Bernerhof — dijo calmamente. — La princesa se interesó en conocer sus inclinaciones políticas, que usted no reveló; pero le prometió usted, en cambio, su consejo y su apoyo. ¿Sabe usted a quienes ella sirve?

—Hombre, no — exclamé. — No lo sé ni me importa saberlo. Pero su información demuestra que tiene usted el hábito de escuchar detrás de las cortinas. ¿A qué viene todo esto?

—Yo no estaba en el hotel — respondió mi interlocutor — y no escucho detrás de las puertas. Esa no es mi tarea.

—Pues, estábamos solos.

—No tan solos. El mozo de servicio se acercó a preguntarles si deseaban tomar algo; después le llevó a usted un ce-

nicero. No le denuncie. Es un pobre diablo que necesita ganar su vida.

Me ofreció un cigarrillo y continuó:

—Me pregunta usted a qué viene todo esto, y es precisamente para decírselo que le he invitado a salir del Kursaal. La Leczyka es un agente secreto y está vigilada. No se comprometa usted.

—Gracias. ¿Quiere usted decirme que no debo hablar con ella ni de las modas del año?

—Quiero decirle que es una mujer muy hábil que sacará partido de usted. Mejor dicho, ya lo ha sacado al obtener su promesa de apoyo.

Reconocí la exactitud de la versión, pero añadí:

—Mi auxilio eventual sería a la mujer que se halla sola y se arriesga en aventuras graves sin advertir los peligros, pero nunca al agente político.

—La mujer y la espía son inseparables en este caso como lo son en todos los casos análogos. ¿Sabe usted que Mata-Hari ha sido fusilada?

Sí, lo sabía, y no pude dejar de expresar a mi acompañante la impresión que me había producido la ejecución de la bella y célebre bailarina.

—Pues, la Leczyka acabará en el cadalso — afirmó Peter — como Mata-Hari, si cruza la frontera. Y la cruzará, aunque disfrazada y con pasaporte falso; le sobra audacia para ello.

—¿A qué frontera se refiere usted?

Mi informante miró a su alrededor y pronunció en voz baja el nombre de un país limítrofe. Iba a proseguir cuando se abrió la puerta del café dando entrada a dos mujeres seguidas de dos hombres que buscaron asiento en una mesa vecina.

—¿Vamos a ver nuestra película? — interrogó en voz alta el pseudo pintor. Creo que acaban de dar las once en la Torre del Reloj...

III

Finalizó aquel terrible año de 1917 y se abrieron con el siguiente perspectivas aun más sombrías. Durante esos meses invernales escasearon en Suiza las subsistencias hasta el punto

de restringirse el alimento a lo indispensable para no perecer; las autoridades distribuyeron cartas individuales para el consumo del pan, el azúcar y la leche; se limitó el carbón a las aplicaciones más estrictas, con lo cual padecimos casi sin defensa los implacables fríos de la estación; y en los trenes, los establecimientos públicos y las esquinas de las calles se fijaron carteles que decían: "Sé fuerte, sufre en silencio, ahorra todo, pues cruelmente amenazan el hambre y la miseria el país de tus padres." Frente a la obra despiadada de la guerra el pueblo helvético oponía su disciplina y su entereza; y a pesar de sus medios reducidos a una expresión mínima hallaba recursos en sus sentimientos para atender a los heridos de cuatro potencias vecinas y sostener a centenares de miles de refugiados extranjeros.

Durante aquel invierno vi varias veces a la princesa Leczyka. En el hotel, los cinematógrafos y la calle, su silueta enlutada y sus cabellos rojizos atraían la atención de las gentes desocupadas. "Es una noble dama francesa", oía murmurar a su paso. "Es una polaca millonaria", decían otros. "Es una espía", susurraban algunos. Tuve pocas ocasiones de hablar con ella, pero algunas veces la percibí en los salones del Bernerhof sosteniendo conversaciones en voz baja con hombres de aspecto poco conciliador. Ni una sola vez la vi con mujeres. De su vida privada nada oí decir, aunque es verdad que en los medios cultos europeos rara vez se alude a la conducta privada de una mujer libre que mantiene la dignidad de su apariencia.

Sin embargo, un cerco invisible parecía cerrarse lentamente alrededor de su persona. Aquella frase "es una espía", que voces atrevidas dejaban oír al cruzarla, era, quizás, creída por otras gentes que nada decían, pero que se apartaban discretamente de la princesa cuando ésta tomaba una mesa en la galería de cristales o en el salón de té del Bernerhof. Un episodio desagradable pareció confirmar las sospechas que se cernían sobre aquella mujer. Una tarde, en momentos en que el vasto hotel rebosaba de visitas y movimiento, cuatro hombres de indumentaria vulgar penetraron en el vestíbulo, y sin cuidarse de la sorpresa que produjo su actitud, tres de ellos se abalanzaron sobre el portero, le tomaron de los brazos y su-

jetaron sus manos con esposas, mientras el cuarto subía velozmente la escalera forzando a un *groom* a enseñarle la habitación del preso. Fué éste sacado violentamente a la calle y encerrado en un vehículo policial que arrancó de inmediato, mientras arriba el último agente procedía a un registro minucioso de los efectos. El director del hotel fué convocado por la policía para prestar declaración, y esa noche supimos que el portero, agobiado de pruebas, había confesado que formaba parte de una organización de espionaje, y que su cometido consistía en informarse de las cartas que varios diplomáticos recibían y expedían por su intermedio. Las cerraba de nuevo, cuidadosamente, cuando ello era posible; o las entregaba al jefe visible de la organización cuando los documentos valían la pena. . . Y bien, al día siguiente de este suceso, la princesa Leczyka fué invitada por la dirección del hotel a cambiar de alojamiento.

Se mudó a un pequeño piso amoblado en las cercanías de Hirschen Graben, y pocos días después me envió unas líneas pidiéndome que fuese a verla. Vacilé antes de concurrir, pero más fuerte que mis escrúpulos fué el sentimiento de curiosidad que empezaba a inspirarme esa mujer que, cercada de peligros, se mantenía firme en el puesto de combate que había elegido sin que nada la forzara a ello. Además, me interesaba conocer los medios de que se valía para realizar sus intentos. En aquella hora decisiva para los destinos del mundo y en el seno de una pugna cuyas vibraciones estremecían a la humanidad entera, confieso que mi espíritu no podía mantenerse en una actitud meramente contemplativa. El contagio de la lucha intensa y próxima era demasiado penetrante para que nadie permaneciese indiferente, y sentía yo que sobre mi ser moral se proyectaban las convulsiones de las fuerzas enormes que luchaban con la inteligencia, las armas y la astucia para arrancar la victoria del seno de la guerra. El mundo estaba viviendo el drama más grande de su historia y hasta los testigos mudos de los hechos se imaginaban ser actores de la trágica epopeya.

El 21 de marzo por la tarde me recibió la princesa en su nuevo alojamiento. Había modificado el aspecto banal del departamento amoblado, cambiando de sitio los enseres y aña-

diendo algunas estampas antiguas y objetos de arte que conducía en su equipaje. Desde un jarrón difundían su perfume las primeras rosas de la estación y sobre una pequeña mesa se veían las piezas marfileñas de un juego de ajedrez. Tuve la impresión de que la partida acababa de interrumpirse con mi llegada. Sin embargo, la princesa estaba aparentemente sola.

—¿Sabe usted la noticia? — me preguntó a quema ropa. — La gran ofensiva alemana comenzó esta madrugada y el quinto ejército inglés ha sido aniquilado.

—Sí—le dije—los acontecimientos se precipitan y debemos creer en una solución de la guerra para el verano próximo.

—Quizás antes -- añadió. — ¿Cree usted que el frente aliado sea roto?

—Los aliados pueden restablecer cualquier situación momentáneamente comprometida; pero todos los síntomas revelan que entramos hoy en la etapa final de la conflagración.

Se recogió un instante y denotó su preocupación, preguntando:

—¿Con qué resultado?

Contesté con otra interrogación:

—¿Piensa usted que puede nadie predecirlo hoy?

Tuvo un gesto nervioso y exclamó:

—¡Siempre responde usted con evasivas! Por mi parte, voy a darle una prueba de confianza... Le he llamado para que consiga usted un pasaporte mediante el cual una persona pueda salir de Suiza.

—Los pasaportes son acordados por las autoridades federales; ¿de qué puede servir mi intervención?

—No se trata de un pasaporte suizo — explicó — sino de otro país neutral, cualquiera que sea. El cónsul que lo expida puede contar...

—¡Un instante! — la interrumpí —. Estas cosas se hablan a solas y si va usted a continuar refiriéndose a ellas le ruego que aleje al testigo invisible que nos está escuchando.

Se turbó, pero como tomando una resolución se levantó sin mirarme y pasó a la habitación contigua. Llegó hasta mí un leve rumor de voces y un momento después oí pasos en el corredor y una puerta que se cerraba.

—Era una persona amiga — explicó la princesa entrando — que jugaba conmigo al ajedrez cuando usted llegó. No le interesa la política ni podía oírnos desde la pieza en que se hallaba, pero para que esté usted tranquilo le he dicho que continuaríamos la partida mañana... Volvamos, pues, a nuestro asunto. ¿Puedo contar con su cooperación?

—Hace tres años — le dije — decliné participar en la empresa política que usted me ofrecía, y hace tres meses le manifesté que podía contar con mi ayuda personal si le era necesaria; pero creo que lo que usted me pide se asemeja más a lo primero que a lo último.

—Desde luego — replicó. — No puedo ocultarle que he tomado partido por una causa y que estoy vigilada. Una intervención mía para obtener un pasaporte me valdría una condena. Usted no corre ese riesgo porque no puede ser sospechado de beligerante, y en el caso de ser delatado se interpretaría su acto como una mediación desinteresada y amistosa.

—Se está usted refiriendo — dije a mi vez — a las responsabilidades legales y no al hecho en sí. Usted me pide que haga aparecer a una persona que no conozco bajo una nacionalidad y un nombre que no son los verdaderos; y gracias a ese documento el interesado realizará actos de beligerancia, es decir, de hostilidad hacia países determinados. ¿No es así? Juaguemos a cartas vistas. ¿Quién es esa persona?

—Yo — contestó en voz baja y firme.

—Lo sospechaba. ¿A dónde iría usted con ese pasaporte?

—Necesito pasar durante dos horas a territorio enemigo.

—¿Con qué objeto?

—No puedo decirlo.

—Pues yo no puedo obtenerle lo que me pide.

Tuvo un gesto que pudo ser de cólera o de desesperación, pero se dominó en seguida y exclamó:

—¡Estoy dispuesta a dar mi vida por mi país!

—Lo creo, pero yo no estoy dispuesto a dar mi honor por un país que no es el mío.

Se levantó entonces de su silla y recorrió la sala con pasos de hombre. Su emoción era visible, y después de unos minutos de silencio volvió a la carga, pero empleando un tono

dulce y colocando amistosamente sus manos sobre mis hombros:

—¿No lo haría usted para ayudarme a conquistar la felicidad?

—¿Qué tiene que ver su felicidad personal con las cosas de la guerra?

—Pero si no se trata ahora de la guerra! Sepa usted que lo que me atormenta es un asunto personalísimo, un conflicto sentimental. Amo a un hombre y necesito llegar a una solución. ¿No le basta esto?

—Permítame decirle que no le creo sino a medias, pero aunque todo fuera cierto, usted me pide una intervención que, aparte de estar destinada probablemente a un fracaso, todo el mundo interpretaría como inspirada en un interés político.

Tomé mi sombrero y añadí, ya en la puerta:

—No quiero marcharme sin sugerirle una solución razonable. En vez de comprometer su libertad y hasta su vida entrando durante algunas horas a territorio enemigo, hágase substituir en la aventura que proyecta por un súbdito de ese país, para quien la frontera estará abierta sin necesidad de pasaporte falso.

IV

Al día siguiente a hora temprana me despertó el teléfono. Era un llamado de Juan Peter, el pseudo pintor de paisajes, quien me pidió que le recibiera de inmediato en mi alojamiento del Bernerhof. Llegó diez minutos después y aceptó compartir mi desayuno: café de achicoria sin azúcar y cien gramos de pan negro. Las restricciones alimenticias no daban para más.

—¿Hay nuevas del frente? — pregunté

—No hablemos de las operaciones al aire libre — contestó. Hablemos de las operaciones secretas. El espionaje ha entrado en un período de actividad. Su temperatura ha subido a cuarenta grados, los servicios de contraespionaje están desbordados y las autoridades federales multiplican sus esfuerzos para mantener la neutralidad dentro de su territorio. Y vamos al grano: usted visitó ayer a la princesa, con quien

mantuvo una conferencia de dos horas. Esta vez no sé lo que hablaron, pero como estoy informado de los propósitos que la animan y de las dificultades que encuentra, supongo fundadamente que pidió a usted una ayuda concreta. ¿No es así?

—Pudo ser una entrevista galante — insinué.

—¡Déjese usted de bromas! No está ella para galanterías en estos momentos, a menos que esa vía la conduzca a sus objetivos. Comprendo que no quiera usted revelarme de qué hablaron, pero el interés de la causa que yo sirvo me obliga a poner a usted al corriente de ciertos antecedentes y de los fines que ella persigue.

—¿Cree usted que me interesan?

—¡Sí, lo creo! Y aunque no le interesaran hasta este momento me dará usted las gracias después de conocerlos. ¿Sabe quien es realmente la princesa Leczyka?

—Es la viuda del príncipe Leczyka...

—Pues sabe usted muy poco. Nuestro servicio de información ha llevado a cabo una investigación a fondo y conocemos ahora todos los antecedentes de esa mujer. Sabíamos que era un agente temible y nos interesaba su pasado. ¡Hélo aquí!

Me tendió una ficha escrita a máquina cuya lectura me dejó absorto; y habiendo accedido Peter a dejarme una copia puedo reproducir hoy su texto, del cual sólo suprimo ciertos nombres y fechas.

“Ana María, nacida el 4 de noviembre de 188... en el hospital Beaujon, de padres “no nombrados.” Enteramente “abandonada, se la confió a la Asistencia Pública, pero a los “quince años de edad escapó a su tutela y comenzó una vida “vagabunda. En 1896 y a requerimiento de la Prefectura de “Policía fué enclaustrada en la casa departamental de Nanterre; algunos años más tarde apareció instalada en un lujoso hotel bajo el nombre de Jeannine M. y adoptó sucesivamente los títulos de condesa de M., de S. y de Gr., etc. Durante ese período se dedicó a la vida galante y vivió en la “calle T. M., en el castillo de G. y en la Avenida W. Casó luego con Adán de Leczyka, príncipe auténtico, súbdito italiano por naturalización, pero perteneciente a una antigua “familia de la Polonia rusa. Su unión legítima con la aven-

“ turera obtuvo la bendición del papa. El príncipe murió en
“ Niza hace dos años, abandonado por su mujer. Necesitando
“ ésta munirse de antecedentes propios, consiguió un recono-
“ cimiento de paternidad, documentalmente establecido, se-
“ gún el cual había ella nacido en Varsovia once años después
“ de la verdadera fecha en que nació en París, siendo hija de
“ Ch. y de E. Z. Fué bajo este falso estado civil que formuló
“ su declaración en el servicio policial de extranjeros, en Pa-
“ rís; pero consiguió después un pasaporte italiano en regla,
“ en virtud de la nacionalización de su marido.”

Peter había terminado el frugal desayuno y fumaba tranquilamente mientras yo copiaba la ficha. Al reintegrar su original a la cartera, volvió a hablar:

—A pesar del talento que se le atribuye, esa mujer fué explotada en París por una banda de aventureros internacionales. Uno de éstos pretendía haber descubierto un elixir capaz de prolongar durante treinta o cuarenta años la juventud de hombres y mujeres, y probablemente interesada en utilizar tal descubrimiento, la princesa proporcionó al pseudo inventor los medios de instalar un costoso laboratorio que, naturalmente, desapareció en oportunidad junto con su manipulador... Otro sujeto consiguió extraerle varios millares de francos mediante el cuento de un aparato de telegrafía sin hilos, destinado a ubicar la posición de los submarinos. Un tercero supo convertirse en su asociado para editar una revista política en vísperas de la guerra... Cansada de abusos, decidióse ella a formular las denuncias correspondientes ante la justicia; pero, como usted ve, su credulidad hace dudar de su inteligencia.

—Hasta ahora — le dije — no se ha referido usted a sus actividades actuales.

—Ya sabía yo que iba a interesarle el caso — respondió con aire de triunfo. Oiga usted, a eso voy.

Haciendo un paréntesis para saborear el efecto de sus revelaciones, mi interlocutor armó lentamente otro cigarrillo, lo encendió y entró de nuevo en materia:

—Poco tiempo después de estallar la guerra, la princesa se ofreció a servir de agente confidencial haciendo valer las

relaciones que tenía en las altas esferas políticas y diplomáticas, gracias a las cuales esperaba lograr informaciones útiles. Se la aceptó, pues había algo de cierto en sus afirmaciones. ¿Qué motivos tenía para dedicarse a esas peligrosas y difíciles actividades? ¿Era por interés? No es presumible, dada su fortuna. ¿Por patriotismo? Es dudoso, pues como usted ha visto, la Leczyka se atribuye varias nacionalidades, según las circunstancias. Yo creo que se ha dedicado al servicio secreto empujada por su temperamento y su amor por el riesgo. Es una aventurera ingénita. Nacida en un hospital, de padres desconocidos; llegada a princesa auténtica después de ser la amante de varios aristócratas; millonaria al cabo de una infancia miserable; soltera, casada y viuda a los treinta y cinco años; invitada a las embajadas después de haber sido pupila de la Asistencia Pública; francesa, polaca e italiana al mismo tiempo, la vida de esta mujer es una trama de aventuras que se creería novelesca si no estuviera formalmente documentada. Es un espíritu que se inclina a lo irregular, que adora lo arriesgado y que busca lo inverosímil. Sin duda, obedece a oscuros atavismos y se siente empujada por un instinto heredado y morboso. Nada más lógico que la guerra la haya llevado al espionaje.

Estuve a punto de preguntarle qué instinto le había llevado a él al mismo oficio; pero evité la indiscreción y continué oyéndole.

—Se le confió una misión en España, cuyo idioma habla corrientemente como el italiano y el ruso, pero su intervención sólo dió resultados mediocres y hasta se reconocieron fantasías imaginativas en sus informes. Pasó después a Italia y luego a Suiza... y aquí es donde su asunto y su vida se han complicado del modo más grave e imprevisto: habiendo “arrojado el anzuelo” a un oficial enemigo que desempeña en Suiza un cometido importante, se ha enamorado perdidamente de él y esta es la hora en que nadie sabe, ni ella misma, a qué causa sirve ni a quién traiciona.

—¿.....?

—Es el capitán T.

Hice memoria y logré recordar efectivamente la silueta de un caballero extranjero, apuesto buen mozo a quien se se-

ñalaba discretamente como un mensajero de confianza de un país beligerante.

—La complicación no se detiene ahí — añadió Peter —. El capitán T. a quien la Leczyka tendió el lazo sin imaginarse que iba a ser ella la enlazada, acaba de comprometerse en matrimonio con una bella niña y se casará dentro de un mes. ¿Advierte usted la desesperación de la princesa?

—Lo que advierto — le respondí — es que esta última complicación se encarga de eliminar las anteriores. Quiero decir que si un amor correspondido llevaba a la Leczyka a traicionar su causa política, los celos harán que permanezca fiel a ella. El despecho la conducirá a la venganza. No quisiera estar yo en la piel de ese oficial.

—¿Lo cree usted? — preguntó desconfiadamente el agente.

—Pero hombre! No es necesario ser un gran psicólogo para advertir que, antes del compromiso del capitán T., la princesa se hallaba ante el dilema de ser fiel a su cometido o de serlo a su amor, es decir, en peligro de deserción; pero desde el momento en que recibe calabazas, el desco de vengarse hará que permanezca fiel a su causa. Las mujeres piensan y deciden con el corazón; la cabeza les sirve de adorno.

Juan Peter se marchó un rato después, prometiéndome al despedirse, comunicarme las resultancias de aquel enredo en el cual la pasión y la política se disputaban los sentimientos de una mujer.

V

La intriga no tardó en tener su epílogo, cuyos detalles no conocí por boca de Peter, quien fué expulsado de Suiza pocos días después de nuestra entrevista. Los supe por la relación que me hizo el abogado de la Leczyka, que se vió procesada en una ciudad fronteriza con motivo del episodio en que quiso ella jugarse el todo por el todo.

Su defensor, cuyo nombre he olvidado, vino a verme por indicación de la princesa, interesada en obtener un testimonio acerca de su antigua posición social. Habiendo perdido ella toda esperanza de conservar a su amante, consiguió de éste la

promesa de una entrevista final, días antes de realizarse el matrimonio; y pretextando un tratamiento médico a que debía someterse para atender sus nervios quebrantados, citó al capitán T. en un hotel situado en pleno campo y a proximidad de la frontera. El oficial aceptó la entrevista inducido por el deseo de solucionar un asunto sentimental incómodo en vísperas de su enlace. Cenó a solas con la princesa en la habitación de ésta; y según las declaraciones que formuló más tarde al juez, la halló aparentemente resignada a una despedida definitiva. Conviniere en separarse para siempre a la mañana siguiente; pero algo después de medianoche, hallándose dormido, creyó sentir un olor violento que le suscitaba náuseas. Despertándose apenas, advirtió su rostro cubierto por un lienzo empapado que parecía trastornarle los sentidos; hizo un esfuerzo entonces, y logró arrojar la máscara embebida en cloroformo que su amante le oprimía sobre la cara. Estaban a oscuras. Poseedor de una contextura atlética, el capitán T. se incorporó en el lecho y logró dar un empujón a la princesa, que cayó al suelo dando quejidos mientras él buscaba a tientas y semi ebrio el conmutador de la luz. Al encenderla vió a la mujer de rodillas. Se vistió como pudo y consiguió detenerla en el instante en que ella, levantándose, se lanzaba hacia la puerta. El oficial estaba armado. La amenazó con matarla si se movía y abriendo él mismo la puerta percibió en el fondo del pasillo a dos hombres en actitud de acecho. Hizo fuego en esa dirección; al estampido del arma siguió el rápido taconeo de los individuos que huían; y un minuto después se oyó la crepitación de un motor en marcha. Salváronse, pues, los cómplices; pero la Leczyka, vestida ya y arrinconada en un ángulo de la pieza, fué detenida por los agentes policiales llamados telefónicamente por el dueño del hotel.

Al día siguiente, negó ella ante el juez tener conocimiento alguno con los dos sujetos fugitivos, y sostuvo que su único propósito había sido el de adormecer al amante para impedir su partida y su boda; pero la acusación logró reconstruir el plan de la encausada. El capitán T., narcotizado, debía ser conducido por los dos hombres, en el silencio de la noche, de la habitación al automóvil y llevado luego a través de la frontera

inmediata a territorio enemigo, donde habría permanecido como prisionero de guerra en una fortaleza hasta el fin de las hostilidades. Si este golpe de audacia hubiese tenido éxito, la Leczyka conseguía un triple resultado: se vengaba del infiel, impedía su matrimonio con la rival odiada y eliminaba de la acción a un adversario peligroso.

Jugó y perdió. Entiendo que su prisión se prolongó hasta la celebración del armisticio.

Varios años después, hallándome en Madrid, cruzaba yo la Carrera de San Jerónimo en dirección a la plaza de Canalejas, cuando vi fijos en mí los ojos de una mujer que acababa de detenerse en el borde de la acera. Estaba pobremente vestida y bajo un sombrero indefinible se veían algunos mechones rojizos. Me detuve, a mi vez, sorprendido, pues tenía delante a la princesa Leczyka.

Parecía envejecida de veinte años, y si el rostro marchito había perdido aquella luz que le imprimiera antes su vigor espiritual, su persona toda revelaba también una triste decadencia. Al cambiar con ella las primeras frases traté de no exteriorizar la impresión que me causaba el imprevisto cambio; pero ella se adelantó a explicármelo en breves palabras. Había sufrido mucho, sus amigos la habían olvidado y los profundos cambios sobrevenidos la reducían a una existencia casi sin recursos... No sé con qué motivo, en el curso de nuestra corta conversación se pronunció el nombre del capitán T. En el acto me interrogó:

—¿Ha sabido usted qué ha sido de él?

—Vagamente — le dije —. Un amigo que tuvo ocasión de verle en X. me dijo que había perdido su carrera y que se hallaba en la miseria.

Entonces presencié algo extraordinario. De los ojos de aquella mujer brotaron dos lágrimas, y con una voz que parecía una súplica, me preguntó:

—¿Habría algún medio para que yo le hiciera llegar un poco de dinero?

—No me parece fácil, porque ignoro sus señas; pero ¿no acaba de decirme que carece usted casi enteramente de recursos?

—Sí — murmuró — pero vendería mis últimas ropas... Pediría prestado... Por favor, obténgame usted sus señas actuales!

Minutos después se alejaba de mí, con su aire vencido; y advertí entonces que aquella aventurera, hija del azar, elevada por la audacia al rango de princesa y vuelta de nuevo a la obscuridad de sus orígenes, sustentaba en su alma una generosidad insospechada y era capaz de sacrificios que sólo se realizan cuando los inspiran el idealismo y el amor.